

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Orphanage by the Lake*

© 2024, Daniel G. Miller

© 2025, de la traducción por Raúl Rubiales Muñoz de León

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-52-6

Código IBIC: FA

DL: B 5.485-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en septiembre de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Daniel G. Miller

El orfanato del lago

Traducción de Raúl Rubiales



Newton Compton Editores

Barcelona, 2025

En recuerdo de las niñas desaparecidas

Capítulo 1

Ay, las mañanas...

¿Acaso hay algo peor?

Siempre he envidiado a esas personas que saltan de la cama como un resorte y salen a correr por el barrio con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. Sin embargo, yo no soy como ellas. Mi rutina estándar se basa en que me despierte de un profundo sueño una de las canciones de mi lista «Grandes éxitos de los 80». El sonido de «Bette Davis Eyes» suele hacer que empiece la jornada con buen pie. Los días buenos pospongo la alarma del teléfono solo una vez. Tres veces el resto de días. Mi compañero de piso, Kenny, grita desde la otra habitación para que me levante y apague la maldita alarma. Ese es el momento en que abandono a rastras mi cama, que se queja con un chirrido, y me dirijo a trompicones a la ducha con los ojos entornados. Como mi cerebro todavía no funciona del todo, me quedo bajo el agua caliente cantando «Bette Davis Eyes» durante los siguientes cinco minutos antes de embarcarme en el proceso de enjabonarme y ponerme el champú. Hoy no es distinto.

Me pongo una blusa blanca y una falda de tubo azul marino. Cuando he terminado de maquillarme —un poco de base, rímel y una pincelada de iluminador para que los pómulos destaquen—, entro en el comedor de nuestro piso de Chinatown, que más bien es una ratonera. La habitación sirve tanto de cocina como de sala de estar. Nos lo vendieron como «un espacio diáfano» antes incluso de que se pusieran de moda las cocinas americanas. Kenny está apoltronado a la mesa plegable (nuestra versión de

mesa de comedor) y da buena cuenta de un cuenco lleno de Choco Krispies mientras lee. Está estudiando para el examen de ingreso a la academia de policía. Pensar que pueda llegar a ser un agente de la autoridad me aterra un poco. No hay ni un solo objeto de la casa que no se le haya caído, llevado por delante con el pie o incluso destruido por completo. Será interesante verlo en el Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York.

Suena una notificación del calendario de mi teléfono. Voy a llegar tarde a la reunión. Abro la nevera y saco un Red Bull Zero. Sé lo que me vas a decir: «¿Qué diantres haces bebiendo Red Bull nada más levantarte?». Mira, pues que no me gusta el café y, cuando estás tan cansada del trabajo como yo, haces lo que sea para aguantar el día con los ojos abiertos y la mente despejada. Además, no tiene azúcar. Punto para mí. Con algo tengo que bajar el dónut de mochi que estoy desayunando.

Kenny me observa y me dedica una sonrisa y un asentimiento. No es la primera vez que contempla la rutina histérica de cuando llego tarde al trabajo.

—Buenos días.

Lleva el pelo tan corto que cuando le pasas la mano por encima da la sensación de que estás acariciando una pelota de tenis. Sus ojos son marrones, de mirada amable, y tiene la cara redonda. Me recuerda al Hombre de Malvavisco de *Los cazafantasmas*, pero sin el gorrito de marinero. Creo que está colado por mí, pero hago todo lo posible por dejarle claro que no es recíproco.

—Buenos días. ¿Cuánto queda para la prueba? —le pregunto con migas de dónut pegadas en los labios.

—Cinco días. No veo el momento de hacerla.

—No te preocupes, lo vas a petar. Si quieres, te ayudo a repasar cuando vuelva esta noche.

A Kenny se le iluminan los ojos.

—Gracias, Hazel. Me iría genial. Prepararé unos boles de *bibimbap*.

A Kenny y a mí nos une nuestra afición común por la comida, sobre todo por la gastronomía coreana. Nos recuerda a casa.

—Ay, ¡qué rico! Trato hecho. Bueno, míster Special K, me voy a la oficina. Suerte con el estudio.

Salgo por la puerta con un segundo donut en una mano y el Red Bull en la otra. Kenny me dice algo mientras me marchó, pero no lo oigo, porque en un visto y no visto ya estoy bajando a toda prisa las escaleras del edificio. No hay ascensor y vivimos en la quinta planta. Es una paliza subir los escalones tras un duro día de trabajo.

Salgo como una exhalación por la puerta del portal hacia la calle Mulberry. La acera está repleta de esas personas madrugadoras y sonrientes a las que no consigo comprender. Hace un día nublado de otoño en Manhattan, lo bastante fresco como para mantener los olores más desagradables a raya, pero demasiado cálido como para darse un largo paseo. Los aromas de las paraditas de comida china impregnan el aire. Es una mezcla encantadora de pescado, fruta y flores. Ojalá tuviera tiempo para detenerme y embriagarme con el archiconocido olor de las rosas, pero ya voy tarde y el cliente que me espera no se caracteriza por su paciencia, precisamente.

Por fortuna, la oficina está a solo unos bloques de distancia del piso. Camino con pasos enérgicos por Mulberry y después tuerzo a la izquierda, hacia la calle Canal. La agencia ocupa la tercera planta de un destartado edificio de ladrillos en Cortlandt Alley, que a decir verdad, más que un callejón, es un simple espacio estrecho entre dos edificios. Cuando firmé el contrato de alquiler del local, yo era la única ocupante en el edificio. Pero, con el paso de los años, supongo que se ha ido poniendo de moda y se han instalado varios diseñadores y empresas de moda. Creo que es la primera vez que causo tendencia. También será la última. No hay ni un solo día que no me tropiece cuando salgo a comer con una sesión fotográfica en la

que posan modelos vanidosos. Una lacra. Sin embargo, la ubicación del local es buena: está cerca de casa, así que puedo ir a pie, pero hay cierta distancia, por lo que mis turbios clientes no se enteran de dónde vivo.

Que, por cierto, hablando de personas turbias..., ha llegado la hora de reunirme con un cliente. Paso la tarjeta por el lector de la puerta del edificio y subo de dos en dos los desgastados escalones de madera. Más escaleras. Por eso tengo los glúteos tersos. Doblo la esquina del hueco de la escalera y una visión desagradable me da la bienvenida.

—Llegas tarde —me dice Gene Strauss.

Gene está repantigado en el banco que hay fuera de mi despacho y las perlas de sudor se congregan en su frente, donde le nace un pelo ralo oscuro que lleva engominado hacia atrás. Lleva puesta una camisa de rayas amarillas y marrones con los dos últimos botones desabrochados, que revelan una mata de pelo en el pecho demasiado espesa para mi gusto. Hace crujir los nudillos de sus gruesos y rollizos dedos, en los que luce varios anillos de oro, antes de posar las manos sobre su enorme panza. Está aquí para espiar a su mujer. Pero la cuestión es: ¿quién en su sano juicio se casaría con este hombre?

Espero un momento para recuperar el aliento.

—Lo siento, señor Strauss. ¿Cómo ha entrado en el edificio?

Se pone en pie y sonrío, mostrando unos colmillos demasiado grandes, envueltos por una boca prominente, como el morro de una rata.

—No importa eso. ¿Has encontrado algo?

No sé qué pensar de que cualquiera pueda acceder al supuesto edificio seguro donde se encuentra mi despacho, pero decido apartar este pensamiento por el momento. No quiero pasar más tiempo con él del estrictamente necesario. Aunque debo darle cancha, porque, por desgracia, es el único cliente que tengo.

—Sí, señor Strauss, tengo el informe que me solicitó. ¿Por qué no lo comentamos en el despacho?

Saco la llave y la introduzco en la cerradura. Mientras la puerta se abre, le echo un vistazo al grabado que hay en el cristal esmerilado: HAZEL CHO, DETECTIVE PRIVADA. Suena tan oficial, tan de malota... Cuando era pequeña, veía películas antiguas de Humphrey Bogart con mi padre y me enamoré perdidamente del detective Sam Spade en *El balcón maltés*. «Tiene gracia que tú me amenaces. Te las haré pagar todas juntas». Algún día soltaré una frase de ese estilo para que mi interlocutor se quede a cuadros.

—Siéntese, por favor, señor Strauss —le invito, y cierro la puerta tras él mientras señalo con la mano una de las dos sillas de cuero que hay delante de mi escritorio.

El despacho es de las pocas cosas de las que estoy orgullosa. Mi hermana Christina y yo lo decoramos cuando empecé como detective privada y creía que sería como Veronica Mars o Thomas Magnum. Compré con mis ahorros unas preciosas sillas blancas y un escritorio de cristal con los cantos dorados. Pusimos unas estanterías empotradas y las llenamos de un montón de libros que todavía tengo en mi lista de pendientes. Mi padre y yo pintamos las paredes de un relajante tono gris azulado mientras Christina trasteaba con el móvil y fingía que nos ayudaba. Mi licencia de detective está colgada detrás del escritorio, con un marco que sería más adecuado para un Van Gogh. Poco me imaginaba que en mi pequeño negocio de investigación privada acabaría dedicándome a destapar infidelidades en vez de perseguir a capos de la mafia.

—¿Quiere tomar algo? Café, agua, algún refresco... —le ofrezco.

Las novedades que tengo para él no son buenas, así que espero que el café lo ayude a sobrellevar el golpe. Quizá podría cambiar la sacarina por un sedante mientras lo preparo.

—No hace falta. Quiero el informe ya.

Tiene un marcado acento del sur que le combina bien con el mal genio.

—Está bien, como quiera.

Saco una carpeta de mi bolso de lona y la dejo sobre el escritorio, delante de mí. Antes les enseñaba a mis clientes los informes y las imágenes en el ordenador o se los mandaba por correo electrónico, pero he aprendido que son más propensos a aceptar la realidad si les muestro los documentos en papel. Las pruebas tangibles parecen más ciertas.

—Señor Strauss, me contrató porque quería saber si su mujer le estaba siendo infiel. En pocas palabras, la respuesta es que sí. Tal como me indicó, seguí a Emily el pasado jueves y el viernes mientras usted estaba fuera de la ciudad. En ambas ocasiones, cenó en compañía de otro hombre. La cena era de una naturaleza íntima. No había portátiles, documentos ni ningún otro elemento que la relacionara con asuntos de trabajo. El hombre y ella se marcharon del restaurante, cada uno en su coche, y condujeron en la misma dirección. Al final, aparcaron delante de la casa de él.

Abro la carpeta y le extiendo el informe. Ignora las páginas de texto y va directo a las imágenes. Siempre pasan directamente a las fotografías. Mientras sus gruesos y peludos dedos hojean las instantáneas en las que aparece su esposa en los brazos de otro hombre, soy espectadora de cómo le va brotando la rabia. Aferra las fotos con fuerza. Su cara adopta un alarmante tono morado y da golpecitos en el suelo con la punta de los zapatos con tanta violencia que parece una lavadora en pleno centrifugado. Acto seguido, levanta la mirada hacia mí.

Tiene los ojos endemoniados.

—Serás puta —me suelta, saboreando las palabras.

Una sonrisa malvada se le extiende por los labios.

—Disculpe, ¿cómo dice?

Se levanta de la silla y me arroja las fotografías a la cara. Una vena le palpita en la sien.

—Estas imágenes son falsas. ¿Qué te crees, que puedes entregarme unas fotos falsas y esperar que te dé las gracias y te pague con el dinero que he ganado deslomándome? ¿Me tomas por idiota?

Cuando seguí a la señora Strauss, me pareció ver unos moratones en sus muñecas, pero no estaba segura. Ahora no me cabe ninguna duda.

Me echo atrás en la silla y levanto las palmas de las manos para calmarlo. No es la primera vez que uno de mis clientes intenta agredir a la pobre e inocente mensajera. Claro que ninguno era tan corpulento como Gene Strauss.

—Le aseguro que estas imágenes son reales. Lamento haberle traído malas noticias, pero es la verdad.

Me señala la cara con uno de sus dedos rechonchos y exhala por la nariz, produciendo unos sonoros resuellos.

—Ni se te ocurra mentirme.

—Descuide. He visto muchos casos como este y quizá tarde un tiempo en superarlo, pero puede...

Levanta una de las sillas del escritorio y la estampa contra la estantería, haciendo que unos manuales de investigación privada se desplomen sobre el suelo. Desvío la atención a su cara. Tiene la frente perlada de sudor. Busco su mirada. Sus ojos me recuerdan a los de un perro extraviado que me encontré un día en el bosque que colinda con la casa de mis padres: herido, asustado, furioso, impredecible. Le echo un vistazo a mi bolso. Dentro está mi táser, a escasos palmos de distancia.

—Quiero que me devuelvas el dinero del anticipo.

Yergo la espalda y niego con la cabeza.

—No puedo hacer eso, señor Strauss.

Lo que no le digo es que el cincuenta por ciento del anticipo que me pagó ya me lo he gastado y contaba con el pago del resto para cubrir el alquiler de este mes.

Aprieta los puños y se acerca un paso, rodeando mi escritorio con torpeza. Viene a por mí. No despego los ojos de él cuando deslizo la mano hacia el táser. No es la primera

vez que veo esta mirada. Es la expresión de un depredador que quiere aprovechar un momento de ventaja.

En la planta baja se oye un portazo, que interrumpe nuestro concurso de miradas intimidatorias. Strauss retrocede un paso y aguza el oído. Unos tacones de mujer resuenan por las escaleras. El único otro sonido que se oye es el de nuestras respiraciones. Quiero huir, pero como mujer que se dedica a la investigación privada no me puedo permitir ese lujo. Eso es lo que quieren. Quieren que huyas. Que tengas miedo. Que tires la toalla. Que llores. Oigo que los pasos se acercan por el pasillo y entonces alguien llama a mi puerta. Suelto el aire lentamente. No sé quién puede ser, pero no será peor que estar a solas con este animal.

—¿Quién es? —pregunto con un hilo de voz.

—Soy Madeline Hemsley —responde al otro lado de la puerta una mujer con tono altivo.

Me devano los sesos para poner cara a ese nombre, pero no recuerdo a ninguna Madeline Hemsley.

—¿Quién?

La puerta se abre, la mujer entra en la habitación y la fragancia de un perfume caro que impregna el aire acompaña su llegada. Es lo contrario a Gene Strauss: esbelta e inmaculada, vestida con un traje que clama a los cuatro vientos el dinero que tiene. Aunque es joven, está claro que ha pasado por varias sesiones de bótox y la tez pálida de su frente brilla bajo una cascada de pelo rubio. Todo en ella es afilado. Su nariz, sus pómulos, su habla, su mirada. Pero lo que más destaca en ella son sus ojos, de un tono verde gélido penetrante. El alivio me invade el cuerpo al ver que hay otra mujer en el despacho.

Le dedica una mirada de desprecio a Gene Strauss, sin ser consciente de que acaba de meterse en la boca del lobo.

—Lamento la interrupción, pero debo hablar con usted.

Por el aspecto, debe de tener unos treinta y tantos años, aunque hable como una condesa de mediana edad.

La arrogancia de Madeline no hace más que alimentar la

rabia de Gene. Observo cómo se le contraen las pupilas mientras pasa la mirada de Madeline a mí, como si sopeara si debería descargar su furia sobre las dos. Lo miro con los ojos entornados y niego con la cabeza, diciéndole en silencio que no vale la pena. Pasados unos segundos interminables, hunde los hombros y su rostro se serena. No es un tipo listo, pero tiene las suficientes luces como para saber que esto no terminará bien para él. Tendrá que pelear otro día. Aun así, no puede marcharse sin una última réplica y me señala con el dedo:

—Esto no quedará así.

Mantiene durante un instante su regordete dedo apuntando en mi dirección para que me cale la amenaza y entonces pasa al lado de Madeline y cierra de un portazo.

Capítulo 2

—Qué horror de hombre —dice Madeline, y extiende la mano para que se la estreche, pero con la palma hacia abajo, como si quisiera que se la besara.

Me la quedo mirando, incrédula. Un hombre acaba de poner patas arriba mi despacho y estaba a punto de atacarme y ella actúa como si estuviéramos tomando el té en el club de campo. Miro el techo mientras intento tranquilizar mi respiración y apaciguar la frustración. Un revoltijo de emociones bulle en mi pecho: rabia hacia Gene Strauss por lo que ha intentado hacerme, decepción conmigo misma por no haberme preparado para este tipo de imprevistos e impotencia porque cada día siento que estoy a un paso de acabar estrangulada por un hombre inseguro. Pero ahora ninguno de esos pensamientos me va a aportar nada bueno. En este instante, debo lidiar con la muñeca de porcelana que tengo delante.

Alargo la mano para estrechar la suya. Me tiembla todo el brazo y tengo la palma sudada y sé, por la expresión que pone Madeline, que ella también se da cuenta. Me apoyo en el escritorio para estabilizarme.

—Disculpe, ¿se llamaba...?

La vorágine de los últimos minutos ha hecho que se me olvide su apellido.

—Hemsley.

—Señora Hemsley, debo pedirle que regrese en otro momento. Como ha podido ver, me pilla en muy mal momento.

Noto que los ojos se me llenan de lágrimas porque todavía estoy intentando procesar lo que acaba de ocurrir. Ense-

guida doy por sentado que esta mujer ni me va a escuchar ni va a sentir una pizca de compasión por mí.

Baja los ojos hacia su reloj.

—Insisto en que hablemos ahora.

Eso me saca del aturdimiento y observo cómo recoge la silla que Strauss ha volcado y la coloca de nuevo delante del escritorio antes de sentarse. No muestra interés ni preocupación por el desastre que casi presencia. Su falta de empatía es enervante. No es la primera vez que me cruzo con este tipo de persona pudiente a la que le divierte causar molestias. Por ejemplo, cuando era adolescente y trabajaba de camarera en un club de campo, una mujer me obligó a hacerle de cero la salsa tártara simplemente porque podía ordenármelo.

—¿Nos conocemos? —le pregunto.

Al oír la pregunta, resopla, como si le acabara de pedir que fume *crack* conmigo.

—No, señorita Cho, no nos conocemos.

Un silencio incómodo se extiende por el local y me doy cuenta de que la única manera de que esta mujer se largue de mi despacho es que preste atención a la trágica historia que haya venido a contarme sobre el infiel de su marido o la hipócrita de su suegra. Me agacho y recojo las fotografías que Strauss ha esparcido por el suelo. A continuación, cojo un pañuelo y me seco la comisura de los ojos. Soy incapaz de reprimir el temblor de mis manos, pero eso a ella no parece importarle.

—Llámeme Hazel. ¿Qué puedo hacer por usted, señora Hemsley?

No me pasa por alto que ella no me propone que la tutee. Quién lo diría.

—Hazel, estoy aquí porque necesito tu ayuda. Mi ahijada ha desaparecido.

Vuelvo a sentarme en la silla, me ha pillado por sorpresa. Los detectives no solemos ver casos que involucran a padrinos.

—¿Su ahijada? ¿Cuándo desapareció?

Saca una fotografía de su bolso de cuero negro y me la pasa con ambas manos, como si se tratara de una pieza de orfebrería de un valor incalculable. La chica que sale en la imagen tendrá unos trece o catorce años, con los ojos oscuros, piel morena, una mata de pelo encrespado y una sonrisa electrizante que irradia la alegría y la energía de la juventud. Lo primero que me viene a la mente es lo inverosímil que me parece que alguien como Madeline pueda tener una amiga negra y que además tenga una relación tan estrecha con ella como para nombrarla madrina. Un resplandeciente vestido floral acentúa el rostro de la muchacha. Tiene una sonrisa brillante e inocente y sus ojos desprenden un brillo astuto, como si guardase muchos secretos.

—Desapareció hace seis meses —responde Madeline.

—¿Seis meses? —Subo las cejas—. Señora Hemsley, las horas más importantes para encontrar a una persona desaparecida son las primeras cuarenta y ocho. Pasado ese lapso, es como hallar una aguja en un pajar. Seis meses después, no hay nada que investigar.

Madeline hace un mohín con los labios y me taladra con la mirada al tiempo que se toquetea las uñas, como si se estuviera aburriendo.

—Soy consciente de ello. Pero me niego a tirar la toalla.

—¿Y los padres?

Le da un capirotazo a una pelusilla que tiene en los pantalones de traje.

—Están muertos. Es huérfana.

—¿Cómo murieron? Si puede saberse.

—En un accidente de coche cuando ella era pequeña.

Me siento como si estuviera en el estrado interrogando a una testigo hostil.

—Lo siento mucho. ¿Eran parientes?

—No, solo buenos amigos.

—¿La niña tiene padrino?

—No.

—Entonces, ¿usted es su única tutora?

La mujer estira el cuello.

—No. Vivía en un orfanato, aunque ahora creo que los llaman «centros tutelados».

Se remueve en el asiento, anticipando la pregunta que le voy a hacer a continuación.

—¿Por qué estaba en un centro tutelado y no vivía con usted?

Madeline aparta la mirada de mí y la desvía hacia la ventana para perderse en sus recuerdos. Cuando vuelve a hablar, lo hace con contenida agonía.

—Mi estilo de vida no es adecuado para una niña. Además, me he asegurado de que reciba los mejores cuidados posibles. Es el orfanato de más reputación que hay al norte del estado.

Cuando oigo sus palabras, me levanto del escritorio. Ya me he hartado de esta mujer que se cree tan por encima de los demás que ni siquiera puede ocuparse de su pobre ahijada huérfana.

—Muy bien no la estarían cuidando si ha desaparecido. Lo lamento, pero deberá acudir a otra profesional para esta investigación. Solo trabajo en la ciudad, no me desplazo al norte del estado. Y si le soy sincera teniendo en cuenta el tiempo que ha transcurrido desde la desaparición, dudo que pudiera hacer algo por usted. Ni siquiera tengo coche.

Su fachada se derrumba durante un instante fugaz y vislumbro un temblor en sus labios. Traga con dificultad y también se pone en pie. Me envuelve la mano con las suyas y se inclina hacia delante con determinación. No tiene un solo callo.

—Por favor, Hazel. Pagaré el coche y todos los gastos. Sé que las posibilidades de encontrarla son remotas, pero eres mi última esperanza.

Rebusca en el interior de su bolso y saca un sobre lleno

de billetes. No sé qué suma habrá dentro, pero es significativamente mayor que lo tengo en mi cuenta corriente, que rondará la friolera de ciento setenta dólares. El otro día Kenny vio la cifra y se desternilló.

—Con esto puedes empezar. Le pediré a mi asistente que te traiga otros cinco mil dólares hoy o mañana. Si la encuentras antes de que termine la semana que viene, te daré cien mil dólares por tus esfuerzos.

Tengo que controlarme para no quedarme con la boca abierta. Cien mil dólares cambiarían mi vida por completo. Podría saldar mis deudas, pagar el alquiler, renovar el mobiliario del despacho, anunciarme en algún sitio, aceptar casos mejores, rechazar a los tipos como Gene Strauss y convertirme en la detective privada de mis sueños. Pero solo si doy con su paradero dentro de ese plazo, que es un tiempo insuficiente.

—¿Y si no la encuentro?

—Entonces contrataré a otro detective. No eres la primera, ¿sabes? No pararé hasta que alguien la encuentre.

—Señora Hemsley, es un plazo insuficiente para un caso tan complicado como este, sobre todo si tenemos en cuenta que hace mucho de la desaparición. Esto me podría llevar semanas o incluso meses. Y ni siquiera en ese caso le podría garantizar que la fuera a encontrar.

—Lo siento, pero esas son mis condiciones. Mi padre decía que una cuenta atrás afina la mente y, por el aspecto de este despacho, si con eso no basta, el dinero tendría que ser una motivación más que suficiente.

Vuelvo a mirarla y me fijo en que tiene los capilares del cristalino dilatados y los párpados enrojecidos. Ha estado llorando. Acto seguido, mi mirada se desvía hacia el montón de facturas pendientes de abonar que hay sobre el escritorio. No me puedo permitir rechazar esta oferta. De hecho, no me puedo permitir rechazar ninguna oferta. Doy por hecho que el segundo pago de Gene Strauss brillará por su ausencia. Pero necesito saber más detalles.

—¿Y la policía?

—Denuncié la desaparición. Llevaron a cabo una investigación exhaustiva, pero, francamente, creo que no le dieron al caso la prioridad que merecía. Me dijeron que lo más seguro es que Mia se hubiera escapado y que regresaría cuando menos nos lo esperáramos. De eso hace meses.

—¿Y los demás detectives? Ha mencionado que no soy la primera.

—Son todos unos incompetentes y fracasaron.

—Aun así, hablar con ellos me podría ahorrar algo de tiempo. Necesitaré sus nombres y datos de contacto.

—Me temo que no puedo hacer eso. Quiero unos ojos frescos.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, cargado por el aullido distante de una sirena que nos llega por la ventana. En mi experiencia, cuando alguien contrata a varios detectives privados, se debe a que el caso es imposible de resolver, a que es imposible trabajar con el cliente o a ambas a la vez. En esta ocasión me decanto por la tercera opción. Todo lo que me ha contado me dice que me mantenga al margen, pero la imagen de esa preciosa niña huérfana me reconcome. Además, siendo sincera, tengo un sobre lleno de billetes en la mano y es un dinero que me vendría la mar de bien. Dejo mi móvil delante de ella.

—La grabaré. ¿Lo consiente? Debo preguntárselo según las leyes de Nueva York.

—Sin problema.

—Vale, dígame todo lo que sabe.

Mientras abro el portátil y me preparo para tomar notas, veo de reojo que las comisuras de la boca de Madeline se curvan hacia arriba. Coloca su bolso en la silla que tiene al lado, como si estuviera acomodando un anillo en un cojín, y respira hondo.

—Por desgracia, no sé demasiado. Era un lunes por la mañana, estaba en casa. Acababa de llegar de una clase de entrenamiento por intervalos y me estaba preparando

el café *espresso* que me tomo cada día cuando recibí una llamada del Saint Agnes, que es el nombre del centro tutelado donde vivía Mia. Así se llama, Mia. Mia Ross.

A Madeline le titubea la voz un instante, pero se recompone de inmediato.

—Prosiga.

—El director del centro, Thomas Mackenzie, que es un antiguo amigo de la familia, me informó de que Mia había desaparecido y me preguntó si se había puesto en contacto conmigo.

—¿Lo hizo?

—No. Como te puedes imaginar, esa noticia me alarmó bastante y le dije que acudiría al centro de inmediato. Él desestimó la idea sin pensárselo dos veces e intentó tranquilizarme. Me dijo que no había ningún motivo para que me desplazara, que lo más probable era que Mia estuviera fuera explorando el campus y que la encontrarían en menos que canta un gallo. Me dijo que me llamaría cuando la hubiesen localizado. Esperé el resto del día en casa, con el teléfono en la mano y la mirada perdida en la ventana, pero el móvil no volvió a sonar.

—¿Qué hizo entonces?

Madeline pone los ojos en blanco, como si volver a contar la historia fuera una ardua tarea.

—Llamé al Saint Agnes. Thomas me dijo que todavía estaban peinando los terrenos y que se había puesto en contacto con los vecinos. Le pregunté si no era mejor llamar a la policía y me respondió que todavía no, que debíamos esperar como mínimo cuarenta y ocho horas.

Tecleo una anotación en negrita. Qué extraño que se mostraran reacios a involucrar a la policía.

—¿Qué ocurrió pasadas las cuarenta y ocho horas?

—Nada. Mi ahijada desaparece y pasadas cuarenta y ocho horas Thomas ni siquiera tiene la decencia de llamarme para informarme de si hay novedades. Me puse firme y yo misma contacté con la policía.

Tecleo desafortadamente, alternando la vista entre la pantalla del ordenador y Madeline para que sepa que la estoy escuchando. La mayoría de los detectives privados son hombres y los hombres no saben escuchar. Es una de las pocas ventajas que tengo.

—Cuénteme qué interacción tuvo con la policía.

Madeline vuelve a hurgar en su bolso, saca una tarjeta del monedero y me la pasa. En ella se lee: DETECTIVE ROBERT RIETHER.

—Me remitieron a este detective, el agente Riether. Me tomó los datos y me dijo que empezarían a investigar.

—¿Y lo hicieron?

—Sí. Según me informó, fue al centro e inspeccionó el cuarto de Mia, habló con el personal y se paseó por los terrenos.

Enarco una ceja.

—¿Eso le comentó? Lo habitual es que la policía no comparta ningún detalle sobre una investigación en curso.

Madeline pone una mueca como si mis preguntas fueran una molestia.

—De hecho, no. Me enteré porque Thomas me llamó muy indignado al día siguiente. Me dijo que era prematuro involucrar a la policía y que le habría gustado que le hubiese comunicado que los agentes iban a hacerle una visita. Le respondí que si supiera dónde estaban las niñas que tenía a su cargo entonces no tendríamos que involucrar a nadie. Desde entonces no me coge el teléfono.

Subrayo el nombre de Thomas Mackenzie en mis notas.

—Menudo chulo, ¿no?

Madeline entorna los ojos. Supongo que es su manera de reírse.

—En realidad no es tan inepto. Es un tipo bastante gruñón y el Saint Agnes es su orgullo.

—¿La llegó a llamar el detective Riether?

—Sí. Al principio se mostró de lo más servicial; me llamaba para informarme de que la policía seguía investigando.

Por supuesto, no me podía comentar nada concreto, pero parecía interesado de verdad en encontrar a Mia. Me hizo las preguntas adecuadas y se implicó en el caso, pero...

—Adelante.

—Se desvaneció. Dejó de llamarme y, cuando intentaba hacerlo yo, tardaba días en devolverme la llamada o directamente ni lo hacía. Cuando lograba comunicarme con él, me contaba que estaban investigando activamente, pero que el departamento disponía de recursos limitados que se habían redistribuido a «asuntos más urgentes». ¿Qué puede ser más urgente que una niña desaparecida?

Me separo de la pantalla del ordenador para mirarla a los ojos. Tiene la frente arrugada en una expresión de preocupación genuina y me siento mal por ella. Uno de los aspectos más duros de las investigaciones por desaparición es que la policía no puede compartir la información con el fin de no poner en riesgo la búsqueda. Y es mejor no incordiar para evitar llegar al punto en el que dejen de querer ayudarte. Terminas en una posición en la que solo puedes esperar y tener esperanza. Yo no tengo esas limitaciones, así que al menos le podré proporcionar algo de calma cuando comparta con ella lo que descubra. Pero antes tengo que saber más cosas sobre la niña en cuestión.

Me inclino hacia delante en la silla.

—Hábleme de Mia.

El rostro de Madeline se suaviza y sus ojos esmeralda se enturbian cuando se le agolpan los recuerdos. Esboza una sonrisa apenada.

—Es la niña más bonita que hay, Hazel. Tiene una enorme sonrisa traviesa y es el alma de la fiesta allá donde va. Según me dijo el personal, siente predilección por las bromas. Ya sabes, como poner bichos de mentira en los cereales de las demás niñas o tapar con celo los grifos del baño; ese tipo de cosas. Le encanta la música y cree que es la fan número uno de Olivia Rodrigo. Yo no lo entiendo: sus canciones son demasiado fuertes para mi gusto. Y no hay ningún

juego o deporte al que no se apunte. Le encanta el tenis y si pudiera se pasaría el día entero al aire libre.

Saca su móvil del bolso y desliza el dedo por la pantalla para acceder a la galería. Da cada toque con la misma delicadeza que una costurera dando puntadas.

—Quiere ser cantante. Tiene una voz preciosa e irradia mucha seguridad en sí misma cuando está sobre el escenario.

Madeline aprieta el botón de reproducción de un vídeo y me pasa el teléfono.

Mia está sola en el centro de un viejo escenario de madera que supongo que es del auditorio del centro tutelado. Detrás de ella, unas cortinas de terciopelo de color púrpura imperial cuelgan desde el techo. La calidad del vídeo deja bastante que desear, pero, aunque se vea borroso, comprendo a qué se refiere Madeline. Mia mantiene la cabeza en alto y su postura refleja determinación, como si supiera que ese es su lugar. Lleva el pelo hacia atrás, sujeto por una cinta de la que se le salen varios mechones, como si los impulsara su propia energía. La luz de los focos resalta el brillo de sus ojos y su amplia sonrisa blanca y radiante. A diferencia de los recitales de mis sobrinas, en los que los padres parlotean y se desviven por capturar con el mejor ángulo posible el vídeo de su hijo «especial», en este el público está en silencio y presta toda su atención, como si supiera que está a punto de presenciar algo bonito. Mia empieza a cantar en voz baja y sonrío, porque es uno de mis temas favoritos, «Time After Time», de Cyndi Lauper. La canta a capela y transmite las palabras cargadas de sentimiento y emoción.

Su voz de soprano con notas graves recorre todo el espacio silencioso, preciosa y encantadora. Quizá sea por lo que me acaba de pasar con Gene Strauss, pero, cuando oigo la voz de la muchacha, no puedo evitar que se me forme un nudo en la garganta. Si no consigo recobrar la compostura, Madeline va a llevarse una impresión nefasta de mí.

Miro a Madeline y percibo claramente que ella también se está dejando embargar por la emoción. Carraspeo y procuro volver al asunto que nos ocupa:

—¿Cuántos años tiene?

—Trece. Cumple catorce el mes que viene.

—¿Cada cuánto la visitaba?

—Cada tres meses. La llevaba al cine o nos íbamos a tomar un helado.

—¿Tenía novio o alguien que le gustara con quien pudiera haber huido?

—No, que yo sepa.

La canción sigue de fondo. Mia canta esa famosa letra sobre perderse y sobre cómo si buscas puedes encontrar. Si eso no es una señal, que baje Dios y lo vea. Me muerdo el labio y extendiendo la mano.

—Está bien, señora Hemsley. Lo haré.

Una sonrisa eufórica se abre paso entre sus labios antes de que pueda reprimirse. Se levanta de la silla de golpe y se alisa la chaqueta. Extiende la mano y estrecha la mía. Me siento como si acabara de sellar un contrato con el mismísimo diablo.

—Gracias, Hazel —me dice antes de recoger su bolso y dirigirse a la puerta. Me da la sensación de que está intentando esfumarse antes de que pueda reconsiderarlo—. Hoy mismo tendrás a tu disposición un coche y fondos adicionales para los gastos.

—Se lo agradezco. Por favor, mándeme ese vídeo y cualquier otra imagen o grabación que tenga de ella.

Madeline aferra el pomo de la puerta, yergue la espalda y recobra el tono dictatorial:

—Por supuesto, pero espero recibir un informe con sus avances dentro de cuarenta y ocho horas.

Asiento. Con esta señora, todo es complicado.

Cierra la puerta tras de sí y yo me desplomo en la silla. La mente me va a mil por hora. Mis pensamientos entrecocan unos con otros mientras medito sobre el caso. Hay

algo sobre Madeline que me pone los pelos de punta y no me puedo quitar de encima la sensación de que este caso entraña algo mucho más oscuro de lo que me ha dicho. Aun así, precisamente es esa molestia lo que me intriga. Me hice detective privada para resolver casos como este.

—Cuarenta y ocho horas —susurro para mí misma.

Hora de ponerse manos a la obra.

Capítulo 3

Intento trabajar, pero soy incapaz. Todavía estoy asimilando lo que acaba de ocurrir. Durante los siguientes diez minutos me quedo con los ojos fijos en la pantalla del ordenador. Me devuelve la mirada una imagen mía de hace diez años, cuando pesaba cinco kilos menos. ¿Sabes cuando la gente dice eso de «No pasan los años por ella»? Bueno, pues a mí me pasaron de golpe tras graduarme en la universidad. No es que no sea atractiva, pero cuando has estado en mejor forma todo tu físico te parece que está mal. En la fotografía salgo con mis amigas en una piscina en Las Vegas. Llevo puesto un biquini escalofriantemente escueto, el pelo oscuro me brilla bajo el sol, mis ojos almendrados de color carbón irradian seguridad y estoy morena, demasiado delgada y rebosante de optimismo. Quién me ha visto y quién me ve...

Pero en realidad no asimilo la imagen. No asimilo nada. Sigo alterada por la breve visita de Strauss. Cada vez que me pongo a meditar sobre el nuevo caso, me distrae un crujido en los escalones o el silbido del viento que se cuela por las ventanas mal aisladas. Las palabras «Esto no quedará así» me retumban en los oídos.

Me recuerda a una época en la que estaba menos preparada. Es algo que no puedes comprender a menos que hayas sido víctima de una agresión. Ni mis padres ni mi hermana llegaron a comprenderlo jamás. La agresión no termina cuando acaba el ataque. Permanece contigo, oculta detrás de cada puerta que abres y cada esquina que doblas. Incluso te persigue en sueños. No es la primera vez que me ocurre. Por eso decidí dedicarme a esto.

Mi mentor, Perry Johnson, siempre me decía: «Cuando dejes de aprender, también dejarás de ser una buena detective privada». Así que decido dejar a un lado la aflicción y empezar a buscar información sobre Madeline para distraerme. Tras una búsqueda rápida en internet, descubro que es exactamente el tipo de persona que me olía. Tiene treinta y seis años y proviene de una familia adinerada del norte del estado. Su tatarabuelo cosechó una fortuna comerciando con bienes de contrabando y su abuelo se enfrascó en la consagrada tradición de los hombres ricos caucásicos de blanquear dinero negro usando como tapadera negocios respetables, como la compraventa de inmuebles, una ocupación que legó al padre de Madeline, quien finalmente se convirtió en uno de los mayores propietarios de fincas del área de Lake George. Su madre es ama de casa y la principal profesión de Madeline parece ser codearse con la alta sociedad. No hay ni una gala o acto benéfico al que no acuda y sale a menudo en las revistas del corazón. No se ha casado nunca y no tiene hijos, lo que no me sorprende, teniendo en cuenta su carácter. Sus relaciones sentimentales parecen ser el único aspecto de su vida que las revistas sensacionalistas no han expuesto. Aunque no se puede decir que sea un dechado de virtud, no hay nada en el pasado de Madeline que sea ilícito y lleve a pensar que le preocupa algo más que la desaparición de su ahijada. Quizá la policía pueda decirme lo contrario.

Cojo el teléfono y levanto la tarjeta de visita del detective. Capto un rastro del perfume de Madeline, un recordatorio desagradable. En estas situaciones, lidiar con la policía es una delicada danza que diverge según el departamento y el agente. Según el protocolo policial oficial, lo habitual es no comentar una investigación en curso ni compartir ningún tipo de información con los investigadores privados. Sin embargo, en ciertas ocasiones –digamos, por ejemplo, cuando conoces al agente a cargo o necesitan ayuda adicional–, pueden proporcionarte detalles relevantes o

incluso el archivo del caso. Huelga decir que no conozco a nadie en Lake George, pero tengo la esperanza de que, como se trata de una comisaría pequeña, de pueblo, recibirán la ayuda con los brazos abiertos. Con esto en mente, marco el número.

Cierro los ojos para serenarme. He hecho más de un millón de llamadas de este tipo, pero es algo a lo que nunca me acostumbro. Mi madre dice que se debe a mi condición de *millennial*.

–Comisaría del *sheriff*, ¿en qué puedo ayudarle? –responde una voz amable al otro lado de la línea.

Es una novedad agradable. Estoy acostumbrada a lidiar con el Departamento de Policía de Nueva York, que no es famoso por su simpatía al teléfono, precisamente.

–Hola. ¿Podría hablar con el detective Riether? –pregunto.

–Sí, le paso la llamada.

El teléfono da dos tonos.

–Detective Riether –se presenta una voz.

Oigo que masca algo crujiente.

–Sí, hola, me llamo Hazel Cho. Soy una investigadora privada que trabaja para Madeline Hemsley en el caso de la desaparición de Mia Ross.

Le concedo unos segundos para responder, pero me recibe con un completo silencio. No es precisamente la bienvenida calurosa que me esperaba, otro motivo por el que odio las llamadas telefónicas. En una entrevista cara a cara, cuando alguien se queda callado, le devuelves el silencio hasta que se rompe. Pero por teléfono eso no funciona. Simplemente creen que no hay cobertura.

–Según tengo entendido, usted fue el detective que llevó el caso, así que me pongo en contacto con intención de colaborar.

–Mmm... –Oigo el crujido de una manzana–. Lo lamento: no podemos dar detalles de una investigación en curso.

Noto que la frente se me llena de arrugas.

—Un momento. Entonces, ¿sigue investigando? Madeline me ha dado a entender que el caso estaba cerrado.

—No, sigue abierto.

El detective habla como si le cobraran por palabras. Me recuerda a cuando llamamos a mis abuelos maternos en Corea. Jamás han podido desprenderse de la idea de que las llamadas internacionales ya no cuestan cinco dólares el minuto. Le doy otro sorbo al Red Bull con la esperanza de que la cafeína me aporte lucidez para superar de alguna manera la prueba de esta esfinge.

—Detective, escuche, no quiero inmiscuirme en su trabajo. Estoy segura de que ha investigado la desaparición de Mía a conciencia. Solo quiero asegurarme de no volver a indagar en los mismos sitios ni invadir las competencias de nadie. ¿Hay alguna información que pueda compartir en cuanto a la investigación o algún tipo de pista?

Se queda callado unos segundos y, durante un instante, creo que he encontrado una grieta en el muro de ladrillos. Entonces, me dice:

—Lo lamento. No podemos comentar nada sobre una investigación en curso.

La manera de expresarse me da repelús. La voz es robótica, ensayada, como si estuviera ocultando algo. Que no hayan cerrado la investigación solo hace que la situación sea más sospechosa. Me pregunto qué habrán encontrado. De todos modos, este tipo no me va a revelar nada. Pero cuando el río suena agua lleva. Eso lo tengo clarísimo.

—Gracias por atenderme, detective.

El investigador Riether cuelga sin añadir nada más. Por lo visto, ha llegado a su tope de palabras.